

CUANDO NO HUBO SOL

3º - 4º

Érase una vez, en una tierra muy, muy lejana, había un país, donde estaba siempre lloviendo, lloviendo y lloviendo; con lluvias torrenciales durante años y años. Y allí, vivía un niño chiquitito, en una casita en la montaña, con su papá y su perrito.

Tenía nueve años, y siempre desde su nacimiento había llovido y llovido durante permanentemente.

¿Te puedes imaginar estando siempre lloviendo y siempre todo mojado y frío?

La gente, cuando podía decir algo, expresaba que, antes de que él naciera, había habido una cosa extraña que se llamaba "sol". El sol era una cosa grande, redonda y amarilla, que daba calor a todo y a todos. Y parecía que tenía una sonrisa en su cara grande, redonda y amarilla. Y, al ver esa sonrisa en el sol, las personas lo miraban y, con mucho esfuerzo, le devolvían la sonrisa.

El niño pequeñito no podía imaginar en su mente la idea de una cosa grande, redonda, amarilla y sonriente. Y no podía creer que la gente pudiera mirarlo y a veces sonreírle, porque en su pueblecito nadie sonreía, todos parecían muy tristes, pues tenían muchos motivos para estarlo.

La gente no se hablaba entre sí; no porque no supiera hablar, sino porque cada cual iba a lo suyo, hablaba como quería y no se entendían ni querían hacerlo.

Otra razón para no hablarse era que unos se creían superiores a los otros, y, por tanto, ni tan siquiera se miraban. Siempre querían aprovecharse de las situaciones.

Estaban prácticamente en una guerra de todos contra todos.

El niño no entendía nada de lo que allí pasaba y, a pesar de ser pequeño, no se resignaba a que las personas fueran así de egoístas, miedosas e ignorantes.

Lo único que se le ocurrió hacer fue pensar en eso que la gente decía que había sido "el sol".

En cuanto llegaba el momento de descansar, antes de dormirse, se imaginaba ese "sol" como un ser inmenso de luz. Esta luz abarcaba, no sólo a las personas, animales, plantas y a la tierra, sino, además, penetraba en el interior del cuerpo de la gente, en sus corazones fríos y

casi paralizados.

Todo ello se lo imaginaba con todo su cuerpecito antes de cerrar los ojos, y en cada despertar, antes de ponerse en pie en ese triste mundo.

Así estuvo durante mucho tiempo. Y cuando las cosas iban de mal en peor, no se desanimaba y seguía con su hábito en su momento de descanso y de vigilia. Aunque a veces la pereza le invadía para que no siguiera con ese hábito sin sentido aparente, él sacaba fuerzas y lo intentaba de nuevo cada vez.

Así, llegó el tiempo en que la gente empezó a notar que los cielos parecían un poco más claros. Todavía estaba lloviendo y las negras nubes aún estaban colgando del cielo, pero era cierto que parecía más despejado.

Después, la gente empezó a percibir que estaba lloviendo menos.

Luego, solo llovió la mitad.

En otro momento, sólo hubo unas pocas lloviznas, y las ventanas goteaban de vez en cuando. Hasta que dejó de llover, todas las nubes eran de color blanco y aparecieron trozos de cielo azul.

De pronto, no había ni una sola nube y, de golpe y porrazo, una cosa inmensamente grande, redonda y brillante flotaba moviéndose en el cielo, dando calor y ... luz a todo. Y luego se ocultaba en el horizonte, todo se oscurecía y desaparecía, pero volvía a ser visible después de un tiempo, cuando su luz volvía a irradiar, tocaba y calentaba todo y a todos.

Algunas personas empezaron a recordar lo que sus antepasados les describían como el día y la noche.

Aunque por la noche se quedaba todo oscuro, el sol no les abandonaba del todo; la mayoría de las veces dejaba que su luz se mostrara en otra esfera que aparecía en la oscuridad.

Y cuando al amanecer, el sol volvía a irradiar, la gente miraba hacia arriba y empezaba a sonreír al verlo porque tenía una enorme y radiante sonrisa que se contagiaba en todo y, en especial en la gente amargada que ahora empezaba a imitarlo.

Entonces, al encontrarse unos con otros, empezaron todos a no desviar siempre sus miradas cuando se encontraban en la calle; incluso podían resistir si alguien la mantenía y

parecía que quería decir algo.

Muy pronto, esto dejó de ser un atrevimiento y ya la gente se paraba y se miraba; incluso algunos empezaron a intentar hablarse en la lengua que todos conocían y habían dejado de utilizar.

En los meses siguientes, no sólo pasaba todo eso mientras el día y la noche eran arrojados por el sol, sino que todos empezaron a dejar de envidiarse, odiarse y maltratarse unos a otros.

La consecuencia principal fue que empezaron a vivir en paz, respetándose mutuamente, e incluso, cada vez pensando menos en sí mismos y más en los demás, tratando de ayudarse, sin permitir que nadie allí pasara soledad, hambre y, sobre todo, miedo.

Esto se transmitió con el tiempo a todos los seres de la Tierra, principalmente en las relaciones del ser humano con los animales, seres a los que empezó a considerar como hermanos. Se comenzó a respetar y a entender para qué existen las plantas y su matrimonio con la tierra, el aire, el agua, el gran milagro de la luz en relación con las personas.

Cuando todo esto sucedía, una noche aquel niño pequeño, que no dejaba de imaginarse más y más a su querido sol, se sentó en su cama y, después de volver a sentirlo hasta la punta de los dedos, se dejó llevar por esa sensación de paz que permite entrar en otros mundos y que te hace despertar con más ganas de seguir haciendo el bien, que se muestra en la sonrisa de gran dicha.

Y volvió a descansar.

¡A dormir!

Aportación de Tanya Rueda P.